

“LA PROVISIÓN DE DIOS PARA EL YO.”

Todas las cosas de mi pasado afectarán en mi Yo, y me afectarán en vivir para Cristo. Este Yo fue formado no solamente por la influencia de la contaminación por nacimiento, sino también mientras crecía en mi familia. Al observar a mi madre y padre aprendí sus actitudes y sus propias debilidades. Ahora soy como mi padre y mi madre en muchas maneras de mi propio ser (Yo). Si fui un niño mimado, eso afectó mi ser. Si mi orgullo no fue tratado, eso afectó mi ser. Puede ser que tenía una proclividad hacia la mentira y nadie trató conmigo al respecto. Eso afectó mi ser. Una vida engañosa a fin de poder salir adelante en la vida, debilidades, y cosas que se me permitió hacer y no fui disciplinado, etc., todo esto afectó mi ser y todavía me sigue afectando. Es ese pecado que *mora en mí*. Es esa perspicacia del viejo hombre que es ahora parte de mí.ⁱ

Hay muchas cosas que continuaron formando nuestro ser a través de los años. Chistes que escuchamos, amigos con los que convivimos, cosas en secreto que no fueron tratadas, cosas a las que fuimos introducidos y nuestros padres no supieron. Todo esto formó nuestro Yo a través de los años. Y no fue sino hasta que Dios nos salvó, que nos dimos cuenta que teníamos un problema con nuestro Yo. Algunas veces llegamos a un punto en que nos odiamos a nosotros mismos. La realidad de la gran necesidad de nuestro Yo es la razón de que la vasta mayoría de la Expiación es para tratar con el Ser.

Puede ser que hoy te enojas como resultado del pasado; cuando tu madre, viendo que te enojabas cuando algo no te gustaba, no hizo nada contigo. Necesitabas ser disciplinado por eso, pero nada pasó; y eso está enraizado en tu vida ahora. No hay tal cosa como extrovertido o introvertido como razón de la personalidad. Puede ser que estas características sean sólo consecuencia del pecado en la vida de una persona. Los pecados de fornicación pueden hacer a una persona “introvertida” o “extrovertida”. No es un problema de personalidad innata; es una consecuencia del pecado. David dijo: “De los pecados de mi juventud, y de mis rebeliones, no te acuerdes” (Salmo 25:7^a). Estas cosas nos afectarán cuando seamos más grandes; y David es un claro ejemplo de eso.ⁱⁱ

¿Se te presentó la pornografía como si fuera cualquier cosa cuando eras joven? ¿Estaba tu madre siempre gritándole a tu padre y tu padre sólo se apartaba para no tratar con el problema? Esa es la razón que actuamos como actuamos; todo está enraizado en nuestro Yo.ⁱⁱⁱ

Debemos creer que Cristo puede sacar de nuestras vidas todas las consecuencias de nuestro pasado. Un cristiano no tiene que seguir actuando en la manera que él es, sólo porque así es él. Es precisamente en esto en que la mayoría de la Expiación quiere tratar. Y muchos cristianos están en gran necesidad de saber que hay “buenas nuevas” en la Expiación de Cristo para tratar con su pasado. Lo triste es que los predicadores no tratan con estas cosas en sus sermones. Y estas son las cosas que la gente no sólo necesita saber, sino desea saber. Este problema del Yo es la razón por la que la gente actúa de la manera que actúa; porque explotan, murmuran, calumnian, piensan mal, etc. Y todo esto afecta y penetra su conocimiento, emociones y voluntad, y llega el punto cuando una persona ni siquiera sabe cuál es su Yo real. Todo esto está enraizado en el corazón de la persona y puede que llegue al punto en el que cree que esa es la manera en que se debe ser en la vida. ¡Pero sí puede ser liberada de estas cosas! ¡Hay sanidad para esto! Algunos pecados pueden irse en un momento, en la crisis del Nuevo Nacimiento o en la crisis de la Santificación, pero de algunos pecados necesitamos ser sanados de su influencia a través del tiempo, pidiéndole a Dios diariamente por Su sanidad.^{iv}

Como hizo la Sulamita, tenemos que meter a Cristo a la cámara de nuestra madre para que trate con esas cosas que no fueron tratadas en el pasado. La Sulamita estaba en comunión con su amado y cuando menos lo esperaba había perdido dicha comunión y ni siquiera se había dado cuenta. Cantares 3:1 nos dice que

“por las noches buscó al que ama su alma; lo buscó y no lo halló.” Ella pensaba que su amado estaba con ella en su lecho, que la comunión de ambos estaba bien. Al parecer ya habían pasado varias noches y ella no podía encontrar a su amado en donde ella pensaba que estaba; ella creía que todo estaba bien entre ellos, pero no era así. Evidentemente había cosas en la vida de la Sulamita que habían hecho que su amado se alejara. Pero ella no podía percibir cuáles eran estas cosas. Finalmente estuvo dispuesta a hacer algo más para restaurar dicha comunión. No era suficiente buscarlo en su lecho, o tratar de justificarse pensando que ella estaba bien. Ella amaba a su amado y esta condición de distanciamiento no le era grata. La Sulamita dijo: “Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma;” pero el resultado fue triste, “lo busqué y no lo hallé,” declara acongojada (Cant. 3:2). Esta noble mujer, por más que buscó a su amado, no pudo encontrarlo. Había en su propia vida, en su propio Yo, cosas que le limitaban poder ver el porqué su amado se había ido. No fue sino hasta que la hallaron los guardas que rondan la ciudad, que una luz de esperanza brilló. Ella no los halló, sino ellos la hallaron; la vieron errante y angustiada, y ella expresó su necesidad a estos hombres que estaban dispuestos a ayudarla a encontrar al que amaba su alma. “¿Habéis visto al que ama mi alma?,” preguntó interesada. La divina revelación deja velada la respuesta que estos hombres le dieron a su clamor; pero es evidente que las palabras de estos benditos guardas fueron tales, que la guiaron a su amado, porque “apenas hube pasado de ellos un poco,” dijo la Sulamita, “hallé luego al que ama mi alma.” Gracias a Dios por Sus siervos que atalayan en la ciudad y que nos encuentran en nuestra necesidad y nos guían al amado. Estos son los padres, maestros y pastores, que al ver, desde otra perspectiva que no es la nuestra, aquellas necesidades de nuestra alma, que debido a nuestro gran Yo no podemos ver, con sus exhortaciones, escritos y predicaciones nos guían al amado.

Sí, halló a su amado, y, ¿qué hizo con él? “Lo así, y no lo dejé, hasta que lo metí en casa de mi madre, en la cámara de la que me dio a luz,” confiesa. La “casa de nuestra madre” es la cámara más íntima y profunda a la cual podemos dejar que Cristo venga. Es aquel lugar en nuestra vida donde nuestra vida inició. Es aquella cámara en donde en maldad fuimos formados, y en pecado nos concibió nuestra madre. Esto es desde nuestro nacimiento, literalmente desde nuestra concepción. Es llevar a Cristo al lugar dónde desde pequeños vivimos experiencias y circunstancias que influenciaron nuestras vidas y en dónde se puede encontrar la respuesta del porqué somos como somos. Es llevar a Cristo a que trate con aquellas situaciones que han afectado y modelado nuestras vidas desde pequeños, produciendo rencores, amarguras, odios, proclividades, tendencias, actitudes, etc., y que han hecho de nosotros lo que ahora somos, lo que ahora sentimos y la manera en que nuestro ser actúa.

¿Cuál era la proclividad de David? ¿Era acaso una proclividad hacia las mujeres? ¿Por qué, cuando David vio a Betsabé bañándose, no se volteó y regresó de inmediato a su cámara? Ahora, si multiplicas todo esto, vemos todas estas proclividades en Salomón; él creció en medio de todo esto. Las proclividades de Salomón iniciaron en las proclividades de David. Los hijos muchas veces son la duplicación, y a veces la multiplicación, de las proclividades y tendencias de los padres. ^v

Mientras más viejos estemos, nuestro Yo será una mayor carga. Tenemos que ver a nuestro Yo a la luz de la provisión de nuestro Señor Jesucristo. No podemos decir que no hay esperanza para nosotros. La Expiación es tan vasta que Dios quiere consumir todas estas cosas: intelecto, emociones, voluntad, Yo, corazón, conciencia, para que Cristo pueda venir a ser el Gran Yo gobernando nuestro YO. ^{vi}

Gracias a Dios Su gracia es capaz de conquistar cualquier pasado y traer victoria y sanidad sobre el peor de los pasados de una persona. Siempre debemos ver la Expiación de Cristo con esperanza.

Tarea: Memorizar Gálatas 2:20.

**“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí;
y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios,
el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”**